

Lyda de Lis y la Bruja de los Sueños

Lyda abrió los ojos en la noche y se inundó de pánico al encontrarse completamente a oscuras. Aun no se había dormido, cierto era que solía tardar en hacerlo una vez acostada, y aquella noche llevaba un rato en la cama cuando sintió aquella brisa colarse bajo el umbral de la puerta, apagando la vela. La bonita muchacha no podía dormir sin una luz que le iluminara la oscuridad. La sensación de que algo acechaba en las sombras era algo que le venía persiguiendo desde que era niña, y contra la que ya se había dado por vencida. Simplemente no podía dormir a oscuras, no podía si quiera estar a oscuras. Le daba un miedo irracional, un pánico tal, que en ocasiones hasta le había hecho dudar de lo real y de lo que podía no parecer real...

Al sentir aquella sensación de ahogo, como si la oscuridad lo envolviera todo, apretándola, se levantó y apresurada se dirigió a la vela apagada, entonces, en sus dedos, brotó una llamarada roja, que le devolvió la seguridad a la cámara. Y así, acercando las yemas de sus dedos ardientes, prendió la vela sobre la encimera.

Su pequeño hogar consistía en una estancia circular, con una cama, un baúl, un armario y una cocina improvisada junto a la chimenea. En el suelo, cubriendo el espacio que quedaba a los pies de la cama, bajo el baúl, una antigua alfombra, ya raída tras el paso del tiempo, que aun mostraba un escudo familiar olvidado: una Flor de Lis en terciopelo de plata gastada. Lyda, para evitar que se repitiera la intromisión, arrojó un trapo al umbral de la puerta que daba al jardín. Ahora la fría noche no podría colarse para dejarla de nuevo a oscuras...

Aquella noche Lyda durmió inquieta, sintiendo la presencia que acechaba, pero la mañana llegó pronto y pudo olvidarse de ella mientras el sol surcaba iluminando el cielo. Así vivía Lyda, disfrutando los días, viviendo el momento, y temiendo las noches, deseando que acabaran pronto.

A la mañana siguiente, Lyda se levantó con la extraña sensación de aquello que le había rondado por la noche, pero trató de olvidarlo todo. Últimamente el sentimiento de aquella presencia nocturna era más latente. Incluso alguna vez había llegado a escuchar alguna voz en la oscuridad... Pero resuelta a olvidarlo todo, al menos mientras durase el día, salió a su jardín y la hermosa visión de los frutales y las flores le regocijó. Lyda era una joven esbelta, preciosa y con muchos secretos. Su cabello rojo, de un color ígneo fulgurante daba cuenta de sus peculiaridades. Se trataba de una chica solitaria, con demasiadas rarezas como para que algún cualquiera la entendiera.

Además, a ella tampoco le gustaba la gente cualquiera. Vivía sola en su casita, en algún recóndito lugar de las junglas de Agana, al sur del Gran Volcán, en el inmenso continente de Ülathar, muy al sur del Viejo Mundo. Aquella mañana, como de costumbre, Lyda vestía el camisón que además utilizaba para dormir. Era de un color verdoso claro, estampado con cientos de pequeños símbolos en forma de la Flor de Lis, como su emblema familiar, ya olvidado en aquella región del mundo. Siempre iba descalza. Se acercó a la platanera y bostezó tras morder uno de sus ricos frutos, y el aire a su alrededor flotó hasta sus pulmones. Un aire fresco de las montañas, húmedo como el bosque de cuento en que vivía, de árboles retorcidos, cubiertos de musgos, y helechos, rocas y tierra empapada por doquier. A Lyda le encantaba aquel lugar, y su olor mágico. Le hacía sentirse viva, llena de energía.

Permaneció ahí, de pie, durante unos minutos, absorbiendo aquella sensación magnífica, cuando sintió entre sus tobillos la suavidad del roce de un gato que rondaba su hogar. Su nombre era Assissa, y vivía en los alrededores desde hacía un tiempo. A menudo eran compañeras de juego, y cada mañana, acudía hasta Lyda a que le alimentara. Era negra azabache, muy muy hermosa. Era una gata que tenía algo en la mirada, no como el resto de gatos, sino especial, si cabe: sus ojos azules denotaban una belleza presa, aletargada. Esta vez, Assissa ronroneó entre los tobillos de Lyda, pero ésta continuó disfrutando del fruto. Cuando se hubo terminado aquel plátano, movió la mano dando una vuelta sobre la muñeca, y la cáscara amarillenta se transformó en florecillas diminutas que cayeron de entre sus dedos hasta la gata, que se puso a jugar con ellos con ansia. La chica pelirroja sonrió, era un pequeño juego personal: eran preferibles las flores a los desperdicios... Fue entonces cuando, sin pensarlo dos veces, echó a volar. Ahora, el camisón a modo de túnica se fue tornando en aterciopelado, para después convertirse en un manto de incontables plumas rojizas que cubrieron su cuerpo, como piel de ave milenaria, mientras que sus pies descalzos se elevaron convirtiéndose en pezuñas. Sus brazos se batieron para iniciar el vuelo, mientras que se agrandaban hasta tornarse en tremendas alas. Su cuerpo disminuyó de tamaño y cambió de forma, y su rostro, tan suave y hermoso como era, se alargó hasta que sus labios fueron un pico afilado... Y es que Lyda era una bruja, una hechicera que dominaba la *Magia Mutable*. Y así, con el cuerpo de un águila rojiza, emprendió el vuelo hacia la falda norte del Gran Volcán, más allá de los límites del Bosque de Agana, donde vivía una de sus mejores y más antiguas amigas, Onírica, la Bruja de los Sueños.

Lyda había vivido desde niña con la *Magia Mutable* presente. Su madre era una gran bruja de la *Magia Mutable* también, y le había enseñado muchas y grandes cosas. Así, Lyda había pasado largos años estudiando y practicando

aquel tipo de energía. Había aprendido, probado pequeños hechizos y tratado de aumentar su conocimiento de aquel tipo de magia. Ahora, era capaz de cambiar algunas cosas de forma, pequeños objetos, o animalillos. Además, podía convertirse ella misma en otras cosas, como adaptar su forma física a la de algún animal. A la preciosa bruja, le encantaba convertirse en pajarillo, y revolotear por aquí y por allá, haciendo alarde de su poder, o en una gatita rojiza, y husmear por los campos sin ser atrapado por los depredadores. Pero la *Magia Mutable* conllevaba ciertos riesgos... A menudo le ocurría a Lyda que soltaba un hipo bien sonoro, irremediable y bien alto. Cuando lo hacía en público, a veces hasta se sonrojaba... Y con un hipo, o con dos, no pasaba nada. El problema venía cuando Lyda hipaba tres veces seguidas. Con tres hipos seguidos, Lyda se convertía irremediablemente en un monstruo feo y enorme, y perdía el control de su ser y su magia por un periodo de tiempo indeterminado... A Lyda le había ocurrido en pocas ocasiones, y siempre le aterraba la idea de que le volviese a pasar...

Se elevó desde su jardín, sin mirar cómo se empequeñecía su hogar. Los árboles retorcidos fueron quedando atrás, y voló remontando la ladera occidental del Gran Volcán. Aquella vista era impresionante. Aquél monte era el más alto de todo aquel mundo recóndito, y desde donde estaba, no alcanzaba a ver su cima, lugar donde habitaba un gran dragón, al que llamaban Mëryl, el Dorado. Toda la falda del volcán estaba cubierta por el manto verde oscuro del bosque, que descendía hasta perderse en las grandes llanuras que rodean el gran monte. Era precioso. Sobrevoló el banco de nubes al ir rodeando el volcán, y el vuelo duró largo rato, y Lyda comenzó a sentirse cansada, pues la concentración para mantener el hechizo requería un gran esfuerzo. Fue descendiendo, divisando ya allá abajo el hogar de su amiga. La Bruja de los Sueños vivía en un manantial, en la falda norte del Gran Volcán. Allí donde brotaba el agua, de la misma roca, se había formado todo un pantano. Y entre la marisma, unas ruinas antiquísimas ocultaban a la bruja, entre columnas y capiteles de una era ya pasada. La señora del lugar, al que decían maldito, lo llamaba por el nombre de El Palacio de los Sueños.

Onírica, como su nombre, era una hechicera de la *Magia Onírica*. Era capaz de introducirse en los sueños de los mortales, de provocarlos y cambiarlos, de jugar con ellos a sus anchas. No era más, en realidad, que una vieja que vivía en aquellas ruinas, creyéndose señora del lugar. Ella misma se había recluido ahí, decía, por miedo a hacer daño a los demás. Al parecer, al dormir junto a ella, los sueños se volvían especialmente intensos, y tanto una imagen te podría encandilar y maravillar, como una pesadilla aterrar... Sólo vestía una túnica blanca y sucia, y tenía los cabellos largos y blancos. Su piel arrugada, en todo caso, transmitía una sensación de debilidad tal, que uno era incapaz de

tratarla sin ternura. Lyda conocía a Onírica desde que era niña, no recordaba, si quiera, cuando la conoció, de lo diminuta que era, siempre la había considerado una segunda madre. Sobre todo desde que su madre se fue volviendo más huraña y desconfiada. No pasaron más de siete días sin que Lyda fuera a visitar a Onírica a sus ruinas. Eran íntimas amigas. Ambas habían compartido el secreto de su magia, y habían aprendido mucho juntas. Onírica llegó a menudo a lograr transformar alguna cosa en otra, y Lyda hasta manipular sus propios sueños. Pero su mayor hallazgo había sido combinar ambas magias, la *Magia Mutable* con la *Magia Onírica*. Habían logrado, juntas, convertirse en el sueño de otra persona...

Las nubes bajas quedaron atrás cuando Lyda llegó al lugar. La hermosa águila aterrizó sobre un tronco caído, junto a una columna con miles de trazados élficos, bellísimos, pero ya gastados y en declive. Su cuerpo fue creciendo, y las plumas desapareciendo. Las alas adelgazaron hasta ser brazos, y sus garras se volvieron pies sobre el árbol caído. La preciosa chica de cabellos rojos miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Observó aquella ciénaga pero no había más que ruinas y árboles naciendo del agua transparente y limpia. Bajó al suelo de roca, metiendo los pies en la fría agua, y le dio un escalofrío. Caminó entre las columnas en pie y las derruidas, buscó a la anciana, pero no estaba por ningún lado. De pronto, vio algo que no encajaba. Aquellas ruinas estaban en completo deterioro, y desde hacía muchísimo tiempo. Lyda conocía bien el lugar, y sabía ya perfectamente cómo se disponía cada columna en pie y cada una caída. Y la que tenía delante, estaba erigida la última vez que la vio, pero ya no. Casi desde la base, la gran columna permanecía en el suelo, hasta había partido un árbol con su peso. Lyda sintió mucha pena, pues aquella era preciosa, tenía esculpida en su lado meridional a una mujer elfa, muy hermosa aunque deteriorada. La estatua de piedra estaba ahora rota, tirada en el suelo, y su rostro élfico completamente desfigurado. A Lyda le dio tanta pena, que se agachó, tomando los restos de roca que el agua no se había podido llevar, y cerrando los ojos los colocó sobre la figura destruida. Al abrirlos y quitar las manos el rostro de la elfa volvía a estar en su sitio, tan hermoso... Era una belleza especial que a Lyda siempre le había fascinado, sin saber bien por qué.

Entonces fue cuando, al levantar la cabeza, vio más allá, junto a otra columna que antes no estuvo derruida, a Onírica. La imagen le impactó tanto, que el hechizo se rompió, y en sus manos cayeron los fragmentos de roca, que fueron a parar al agua del manantial, desfigurando de nuevo el rostro de la elfa. El cuerpo de la anciana reposaba sin vida bajo la piedra, que debía haberla asfixiado hasta morir. Lyda casi saltó sobre el cuerpo de Onírica. Por un instante se convirtió en un gato de pelo rojizo, y tras el salto, ella estaba allí de nuevo, llorando. El cuerpo estaba completamente magullado, y su tez arrugada

estaba cubierta de sangre. Sus pelos descansaban en el agua, grises y enmarañados. Lyda le tomó la cabeza, sacándola del agua, y vio la expresión de angustia en su rostro. Lloró como hacía mucho que no lloraba. Aquello era terrible. No podía imaginarse su vida sin la de Onírica. Permaneció así un largo periodo de tiempo, hasta que anocheció incluso, lamentando sin comprender sobre su pecho empapado. Aquello no podía ser. No podía ser. Onírica ya no estaba.

Cuando ya las estrellas se asomaban entre nubarrones, se decidió. Se incorporó, sin dejar de llorar, la miró por última vez, y se elevó en la forma de aquella águila rojiza. Y de entre los árboles retorcidos apareció volando su figura alada. Emprendió un vuelo que le llevó de vuelta a la cara sur del Gran Volcán, y por allí donde pasó, sus lágrimas cayeron perdiéndose en el bosque virgen, hasta que arribó a la Mansión de la Baronesa de Lis, donde habitaba la Señora de la *Magia Mutable*.

Lyda de Lis y la Bruja de los Sueños
Lyda de Lis. Historia de una estatua de piedra

Memorias Olvidadas

Darka Treake

www.modt.net